

resulta interesante que la realidad efectiva manifiesta tensiones como la dualidad entre el individuo y lo colectivo, la posibilidad y la necesidad o la naturaleza y el espíritu, las cuales la filosofía hegeliana no pretende superar ni aniquilar, sino asumir.

En estas contribuciones, la compilación también prefigura un desafío. Porque pese a ser objeto de importantes malentendidos en el pensamiento contemporáneo, como exponen especialmente los artículos de Halbig y Kervégan, la realidad efectiva no ha recibido la atención que amerita por parte los estudios especializados. Una exploración somera de esas investigaciones durante los últimos cincuenta años muestra que su tratamiento se ha restringido a un momento de la *Ciencia de la lógica* y, en otros casos, a una instancia deductiva de la *Doctrina de la esencia*, que, por otra parte, ha sido más comentada que analizada. La compilación manifiesta que la especificidad de la realidad efectiva hegeliana es una cuestión abierta en la investigación especializada y ahí anida el reto que ella marca.

Para especificar ese desafío, valgan algunas consideraciones. En primer lugar, dos especificaciones históricas. La realidad efectiva no es una noción unívoca en los escritos de Hegel: ella adquiere su determinación especulativa en 1813, antes de ese año no porta un sentido técnico en las obras publicadas (como ponen de manifiesto sus múltiples apariciones en la *Fenomenología del espíritu* de 1807, especialmente luego del capítulo V), mientras que después de 1813 adquiere una centralidad manifiesta, siendo utilizada con mucha frecuencia en las deducciones y desarrollos dialécticos en las obras posteriores a 1816. Por consiguiente, se trata de una noción que se desarrolla históricamente, y que no resulta equivalente en cualquier momento evolutivo de la filosofía hegeliana. En segundo

lugar, dos apreciaciones lógicas. Según el propio Hegel especifica en la primera edición de la *Doctrina del ser* de 1812, la determinación especulativa de la realidad efectiva consiste en la interacción de tres momentos de la *Lógica*: la realidad como inmediatez en el ser, la realidad efectiva propiamente dicha en la tercera sección de la *Doctrina de la esencia* y la idea absoluta en el momento de mayor manifestación de la *Doctrina del concepto*. Por tanto, si se analiza la realidad efectiva sólo en el marco de la segunda doctrina de la *Lógica*, se considera unilateralmente uno de sus momentos, en abstracción de su inmediatez y de su manifestación. Por otro lado, la realidad efectiva propiamente dicha es modal, producto de la dialéctica entre la contingencia, la posibilidad y la necesidad, es decir, ella consiste en la vinculación esencial de esas determinaciones modales y no sólo en la necesidad. Por último, una consideración sistemática. Las expresiones reales de la realidad efectiva en la naturaleza y el espíritu pretenden manifestar el fundamento formal que sistemáticamente les da sustento, con lo cual deben dar cuenta de la interacción de la realidad, la efectividad y la idea absoluta, a la vez que su interacción modal dialéctica, según indica el propio Hegel en la *Enciclopedia* (§ 6).

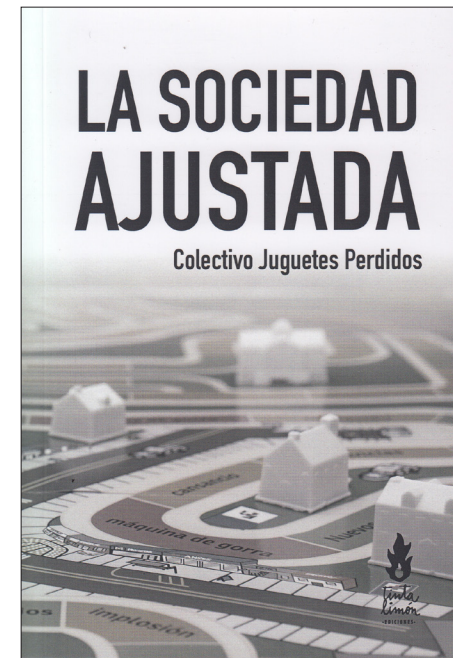
Acariciando lo áspero

RAFAEL MC NAMARA

(UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE – CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS – CENTRO DE ESTUDIOS Y ACTUALIZACIÓN EN PENSAMIENTO POLÍTICO, DECOLONIALIDAD E INTERCULTURALIDAD – ARGENTINA)

JULIÁN FERREYRA

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS – UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES – ARGENTINA)



Reseña de Barttolotta, Leandro, Gago, Ignacio y Sarraís Alier, Gonzalo (Colectivo Juguetes Perdidos), *La sociedad ajustada*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2019, 128 pp.

Recibida el 20 de febrero de 2021 –
Aceptada el 5 de marzo de 2021

Hemos perdido nuestros juguetes: la tierra firme, un Estado benefactor, las utopías, el progreso. Es hora de la fragilidad, de lo precario. Algunos insisten en negar la catástrofe de nuestra época (creyendo que el capitalismo y el “libre mercado” dan a cada uno lo que merece). Otros se hacen cargo de lo desesperante de la situación, y buscan soluciones en el deber ser, en el retorno de viejas máscaras o en un nihilismo más o menos cínico. El colectivo Juguetes Perdidos ofrece una perspectiva alternativa y poderosa: mirar a los ojos a la tierra devastada, y emprender a partir de allí la tarea del pensar. Nunca caen en la desesperanza. Tienen un optimismo sórdido, que sigue uno de los lemas de una de las referencias simbólicas centrales de su labor, el Indio Solari: esperar lo mejor, preparados para lo peor. La otra referencia central es Gilles Deleuze. Apenas lo citan, y son sin embargo sus más grandes herederos, reformando y retorciendo sus conceptos, o forjando nuevos en su estela allí donde hace falta para pensar lo que se ven forzados a pensar (así, la fuga se transforma en “raje”, la máquina de guerra en “máquina de gorra”, la anarquía coronada en “gorra coronada”, los agenciamientos en “rejunes”, mientras otros conceptos, como intensidad, continuum o contraefectuación se llenan de nuevos significados y líneas de fuerza; también convocan sin cesar “personajes conceptuales”: los pibes silvestres, las pibas, el vecino gorrudo, el pitufo gruñón, el laburante agitado, etc.).

Trabajan en los “nuevos barrios”, como llaman a los territorios precarios que investigan. Allí realizan talleres, y van juntando miradas, palabras, formas de vida. No buscan nada que confirme sus teorías, sino construir conceptos con lo que van cartoneando. Se trata de *escuchar* lo que bajo el estruendo del sentido común parece silencio. En medio de los

estereotipos de la televisión y los noticieros, en medio de la visión consolidada de lo que la gente reproduce mecánicamente, está lo que el pueblo y los pibes desean, reclaman, necesitan: "hay que pensar, cartografiar, investigar, militar, agitar y soportar esos silencios que se imponen hasta que se empiecen a escuchar los sonidos, los gritos y susurros, los monólogos y los murmullos" (p. 64). Salir y ver qué pasa en los barrios, eludiendo tanto como se pueda la tentación de interpretar esos territorios a partir de los códigos habituales (militantes, mediáticos, culturales, etc.). Una "desorientación voluntaria" que se propone, en principio, como un "anti-método" (*¿Quién lleva la gorra?*, Tinta Limón, 2016, p. 12). Meterse en lo caótico, en las turbulencias de lo social, y cincelar a partir de allí algunas claves para leer la contemporaneidad desfondada.

Desde su primer libro (*Por atrevidos*, Tinta limón, 2011), fueron armando una rica caja de herramientas: agite, engorramiento, vida mula, silvestrismo, raje, máquina de gorra, aguante todo, gredientismo son algunos de los conceptos con los que logran pensar y forzarnos a pensar las vidas que nos vemos arrastrados a vivir en el capitalismo tardío, y no sólo en los nuevos barrios. ¿Quién no mulea su vida, quién no se engorra, quién no tiene su arranque silvestre aquí y allá? ¿Quién no construye su existencia sobre un lodo de precariedad que devora más de lo que nutre? Por supuesto que hay grados de precariedad y picantez, y en los barrios esos gestos están en carne viva. Y sin embargo, la gorra y el muleo sobrevuelan el campo social, disponibles para cualquiera.

Su último libro, *La sociedad ajustada*, es el que más desnuda los engranajes de la maquinaria ("todo se desarma y deja ver el mecanismo", p. 87). Donde antes primaban los conceptos y la prosa piola, ahora toman la escena las historias y las voces de los pibes

y pibas de los barrios. En las postrimerías del macrismo, nos ofrecen las vidas heridas por esos brutales años (p. 7). Publicar estos textos ahora, luego del triunfo del Frente de Todxs, supone una mirada muy atenta al contexto: "Sabemos que no lo estamos arrojando sin más a las fauces de *La Gorra Coronada*" (p. 10). Hay una apuesta por otra escucha, bien lejos de *la pendejada de que todo es igual*. Si el tejido social de la época es precario, el macrismo dedicó sus cuatro años a una sistemática destrucción de las pocas chozas que habíamos podido construir con la década ganada. El macrismo "fue arruina-formas de vida y arruina-vidas biológicas: una demolición que seguramente dejará secuelas y tatuajes psíquicos y corporales difíciles de visibilizar a priori" (p. 7). La demolición no es denunciada con proclamas ni con indignación, sino que se teje con toda su crudeza a lo largo de las aguafuertes de las policías locales, los comedores, las salitas de emergencia, los talleres de rap, el Centro Universitario de Devoto ("el anti-Facebook y la des-banalización del pensamiento", p. 87). Diferentes trincheras para sostener las vidas arruinadas, a veces poniéndose la gorra, a veces ayudando, a veces prolongando la propia vida mula. Este aspecto de aguafuerte de *La sociedad ajustada* no anula la producción conceptual. Por una parte, el libro supone (implícita y explícitamente) la caja de herramientas desarrollada en los libros anteriores, especialmente en *¿Quién lleva la gorra?*, donde aparecen los vitales *engorramiento*, *vida mula* y *pibes silvestres*, pero también en *La gorra coronada* (Tinta limón, 2017) donde sumaron el que da título al libro para caracterizar los oscuros años macristas. Por otra parte, el libro aquí reseñado trae también conceptos novedosos y fértiles, como "la máquina de gorra" y "Aguante todo".

Una aguda y sostenida reflexión sobre la escritura (y el sentido de su publicación) acompaña la creación de conceptos. En primer lugar, estuvo el impulso por politizar malestares y proponer hipótesis de lectura de la contemporaneidad (los escritos del Colectivo están siempre situados espacio-temporalmente, con un ojo en el territorio y otro en la época). En ese sentido la publicación aparece como medio para generar encuentros, conexiones con un afuera complejo y mutante, "la publicación como excusa..." (*Por atrevidos*, p. 7). A veces es preferible no publicar cuando el momento no es propicio, cuando faltan oídos para oír el susurro de lo silvestre (el Colectivo tiene sus redes sociales, pero no sale a opinar ante cada evento mediático, muchas veces se guardan). Para que los libros funcionen de ese modo, como máquinas para engancharse con las fuerzas silvestres que andan por ahí, proponen una *escritura del agite* que resuene con la *parla picante* de los pibes y pibas que surfean la precariedad a todo ritmo. Esta escritura del agite es como un artefacto que conduce y modula esas virtualidades silvestres para forjar una novedosa máquina de pensamiento, una escritura caliente que en primer lugar vale por las intensidades que trafica "(no se puede hablar de agite sin agitarla, palabra mágica entonces; una palabra para drogar un texto y ponerle a caminar manija)" (*La gorra coronada*, p. 50).

Agitar, dicen en su primer libro, es exagerar lo vivido, transformarlo en anécdota y acontecimiento. Exagerar no es falsear, sino investir lo vivido con un "plus de vitalidad" (*Por atrevidos*, p. 8). Así lo vivido no queda en una interioridad cerrada ("yo la viví, a mí no me la van a contar") sino que puede conectar con otros, puede contagiarse (leemos una escritura del agite y somos agitados, casi obligados a escribir). Los

pibes tampoco cuentan meramente lo que les pasa. Exageran, *sobrefabulan* a partir de las intensidades que atravesaron sus cuerpos. Son verdaderos creadores que vivieron algo tan intenso que sólo se puede relatar en *modo agite*. "La sobrefabulación es la toma y el uso de la palabra que hacen los heridos" (*¿Quién lleva la gorra?*, p. 123). Es un relato que siempre convoca otros relatos, no para remitir a vivencias pasadas sino para traficar intensidades en el presente (la palabra no vale tanto por el recuerdo que actualiza como por la intensidad que porta). Por eso la sobrefabulación nunca se hace en soledad. Se sobrefabula para la banda aquí presente, el gesto fabulador funda siempre un *nosotrxs*. Al recargar así lo vivido, los pibes *contraefectúan* lo que la sociedad mula dice de ellos. Así pueden sobrefabular su condición de víctimas, o su supuesta peligrosidad, o su deseo de convertirse en laburantes ejemplares, según convenga en cada situación y frente a cada interlocutor. Un cálculo pillo que permite moverse en la precariedad (*¿Quién lleva la gorra?*, p. 126). La sobrefabulación recarga el territorio con otra cosa, otro mundo de posibles (quizá una esperanza).

Amantes de las polaridades axiológicas, como toda criatura humana, nos tentamos de entrada en la fácil: tomar uno de los conceptos vedettes, el ponerse la gorra, el engorramiento, en clave demonizadora. Hay miseria, sin duda, en el engorramiento. Sin embargo, Juguetes Perdidos no juzga. Después de todo "engorrarse es *hacerse cargo* de la precariedad" (*La sociedad ajustada*, p. 97). La precariedad está, y nos tenemos que hacer cargo, como podemos, de maneras intermitentes, no siempre las

mejores ni las que nos ponen orgullosos de nosotros mismos. Hay miseria, sin duda, en el engorramiento, ya que se trata de leer esa precariedad en términos de inseguridad y buscar su resolución en el control y la vigilancia del otro. "Se acopla, según la situación, a poderes como el estatal-policial o gendarme, el transa, el del mercado, el de los valores familiar-cristianos, etc., la misma imagen de llevar la gorra dice por sí sola que esa gorra está a disposición de todos" (*La gorra coronada*, p. 17). Pero la cuestión es entender por dónde pasa, de dónde viene, distinguir el engorramiento cruel de engorramientos suaves, tiernos, amorosos incluso. "Cifrando todas sus intensidades y afectos en términos de peligro, amenaza, riesgo: cualquier secuencia de desborde es leída como «inseguridad». Pero hay también modos más suaves y tiernos de engorrarse; un engorramiento que se hace desde supuestos casi amorosos y de cuidado (aquí entran docentes, talleristas, trabajadores sociales, madres y padres" (*La sociedad ajustada*, p. 97).

Ni juzgar ni romantizar. Nada está romantizado en las páginas de Juguetes Perdidos. Ni la vida piola y silvestre, ni la potencia de las masas. A veces, por ejemplo, romantizamos los estallidos populares desde nuestros privilegios. Un ejemplo paradigmático son los fanáticos de la Argentina de diciembre de 2001. En charla con el "anti-Facebook" del CUD, hacen circular su libro *La gorra coronada*, con una tapa que evoca esos días furiosos. Los reclusos tienen recuerdos oscuros de esos días. Y dicen: "Hay que pensar bien qué onda ahora... porque siempre la pagan los de abajo en la crisis. Y ahora hay muchos más fierros que en 2001, se va a pudrir todo mal" (p. 93). Ante el realismo pillo de los presos no queda mucho lugar para hablar del estallido como oportunidad para la creación.

Se trata, una y otra vez, de una de las palabras que más se repiten: la precariedad, y los modos de enfrentarla. También la rutina y el cansancio son una forma de vivirla. En eso consiste la "vida mula", otro de los conceptos clave que armaron en *¿Quién lleva la gorra?* "Vida-mula que es un incansable encadenamiento de trabajo (más o menos precario según el caso), consumo, vida boba, vacío a las espaldas, frágiles estabildades y cierres subjetivos (como descansar en un rol de ciudadano, de vecino, de nene-bueno o malo, de trabajador, y quedarse ahí)... vida-mula como encadenamiento, entonces, que busca cerrar un cielo indeterminado que cansa y conjurar un suelo precario hecho de ánimos atemorizados y nerviosos, desgastantes gestiones varias (viaje, laburos, vivienda, relaciones) para muy poco..." (*¿Quién lleva la gorra?*, pp. 83-84). Es áspero, es triste, es una mala vida, pero no por eso una perspectiva moral: "La Vida Mula es la Realidad; sin Vida Mula no hay sociedad" (*La gorra coronada*, pp. 51-52).

Esa vida mula devino revanchista y resentida con el engorramiento recargado de los primeros años macristas. Sobre el final de ese ciclo también deviene cansada: "Uno de los rasgos centrales de la *vida mula ajustada* (y re-sentida) es el *cansancio*" (*La sociedad ajustada*, p. 112). La intensificación del ajuste económico es directamente proporcional a la de las micro-gestiones cotidianas para mantenerse a flote. La vida mula que proliferó durante el kirchnerismo *al lado* de las alegrías silvestres perdió previsibilidad y está cada vez más cerca del fondo insondable. Sostenerse para no caer es cada vez más agotador. "Las mayorías cansadas [...] ven sus *vidas desorganizadas*" (p. 113), dicen, en diálogo explícito con Cristina Fernández de Kirchner. Sólo un par de páginas antes ofrecen una lectura de *Sinceramente* a partir del concepto

de *odio*: Cristina es presentada como una aguda lectora de los *viejos odios* que se continúan en el presente, el ineludible antiperonismo; pero esa lectura debe ser completada con una indagación sobre los *nuevos odios*, los odios gorrudos y mulos, resentidos y cansados: "a los odios históricos sólo queda enfrentarlos, pero a los nuevos odios hay que investigarlos y comprenderlos" (p. 111).

El concepto de *máquina de gorra* es quizá el más potente y novedoso de *La sociedad ajustada*. Se trata de un concepto de explícita remisión a Deleuze y Guattari y su concepto de *máquina de guerra*, y una nueva marca de la resistencia a romantizar lo que deleita a cierta intelectualidad cómoda. La máquina de guerra de Deleuze y Guattari suele aparecer como la vía revolucionaria, el camino de resistencia ante los sucios aparatos de captura, principalmente el Estado. Sin embargo, con la máquina de gorra Juguetes Perdidos recupera dos aspectos nada glamorosos de la máquina de guerra: su afinidad con el capitalismo (creciente según su desarrollo) y su capacidad de permear la micropolítica, nuestras sensibilidades y nuestros afectos ("hay *máquina de gorra* proliferando y dañando, alimentada por hábitos y afectos muy profundos", p. 102). En efecto, la máquina de gorra enlaza un modo de vida y un modo de gobernabilidad (p. 100). La gobernabilidad es la que caracterizó al macrismo como "gorra coronada", su destrucción de vidas y rajes. Esa que "sacamos del palacio" (p. 100). Y sin embargo, la máquina de gorra sigue funcionando, en la medida en que ha impregnado los modos de vida: "una vida mula que se enloqueció porque trabaja más" mientras

"se ven alejarse los *afectos alegres* que acompañaban ese mular" (p. 100). Cuando el engorramiento deja de tener como contracara el consumo popular (tal era, según los Juguetes Perdidos, una de las ecuaciones de la gobernabilidad kirchnerista: engorramiento + consumo popular) sólo le queda recibir un salario anímico turbio: la libertad para engorrarse (gorra coronada por el macrismo en el gobierno y por la máquina mediática que lo acompañó). Así, la máquina de gorra se monta sobre (y se alimenta de) un fondo sombrío. El *terror anímico* es su presupuesto y su combustible. Un fondo demasiado cercano a la superficie. "El terror anímico tiene mucho de temor a la inconsistencia, a des-existir, a que una fuerza inesperada –pero previsible– te lleve puesto. El terror anímico es una constante de la precariedad que deviene, entonces, *totalitaria*" (*¿Quién lleva la gorra?*, p. 51).

La máquina de gorra tiene una topología y una temporalidad específicas: una "interioridad sin afuera" y una "actualidad sin futuro" (p. 101). El engorramiento desfondado por el ajuste produce subjetividades que se pretenden absolutamente cerradas ("a mí nadie me regala nada", "vayan a laburar") porque en la precariedad económica y anímica cualquier ventisca puede tirar todo al demonio. Todo lo que venga de un afuera no codificable en clave mula se lee en términos de peligro (¿qué hacen ahí esos pibes silvestres que ni estudian ni trabajan?). Del mismo modo, la desorganización es tan grande que ya no es posible pensar en un mañana, el tiempo está desquiciado. Con el horizonte pegado a la nariz, la máquina de gorra sólo habilita gestiones para sobrevivir en lo inmediato (una vida mula siempre manija y nunca alegre).

¿Qué hay entre la gorra y el estallido en el que “la pagan los de abajo”? ¿Qué queda cuando sentimos que la vida mula no es vida ni es nada? Los Juguetes Perdidos cifran la esperanza en “percibir la potencia política de *otros modos* en que a nivel popular se lidió –y se lidia– con la jodida precariedad: en esa información sensible habitan de manera virtual *otros* realismos sociales, *otras* sensibilidades populares, *otras* maneras de ser vecinos y vecinas, *otras* maneras de pensar el trabajo y la vida cotidiana: y allí también flotan sueltas las *fuerzas silvestres*” (p. 98). Buscan otra forma de militancia, con otras lógicas, que trabaje “sobre y en esas implosiones [cuando “todo se rompe y estalla hacia adentro cada vez más espeso e insondable”]; imprevisibles, amorales, violentas, no-históricas... percibir las y conectar con ellas requiere de un trabajo de verdadera artesanía política” (p. 106). En esa percepción aparece la posibilidad de resistir a la máquina de gorra en frentes tan múltiples como en los que ésta nos agrade.

Hay que percibir las implosiones, tanto para captar los fragmentos de vida silvestre, potencia y creación, como su lado sombrío, los “nuevos odios” que no cesan de brotar y alimentan la máquina de gorra (pp. 110-111). En suma: una visión sofisticada de nuevas formas de vida posibles, y de las fuerzas que pugnan por reprimirlas. Extraño kirchnerismo el de Juguetes Perdidos, que no valora tanto lo que *quiso hacer* como lo que *dejó hacer*. Dejó brotar en los barrios “pibes silvestres”: “esos que son la vegetación silvestre –y salvaje– de la década ganada; los que crecieron solos –y se hicieron a sí mismos– de manera espontánea en los baldíos del consumo y los nuevos derechos, quienes se socializaron por fuera de cualquier ortopedia social y se volvieron medio un misterio, una

incógnita...)” (*¿Quién lleva la gorra?*, p. 37). El contacto con estos pibes fuerza un “pensamiento cinético” (*ibíd.*, p. 103), que piensa acompañando su movimiento (los pibes no paran, no se quedan en ningún molde, saltan de uno a otro, juegan con ellos y siempre dejan *de garpe* a cualquiera que pretenda congelar una imagen estereotipada de ellos). Sin dejar de pensar en la estela abierta por el pensamiento deleuziano, estos textos hablan permanentemente de un mapeo de las fuerzas por donde pasan los pibes, una cartografía en acto que siga sus estrategias. Tal es la alianza siempre renovada, alianza con *lo silvestre* que en el último libro deja el indefinido “lo” y asume el significante más potente de la historia política argentina: el peronismo. Ese “peronismo silvestre que no vive en estructuras ni jerarquías” (p. 8), y que, sin saberlo ni quererlo, descubrió la pregunta clave de la filosofía política: “la pregunta política y vital por cómo queremos vivir y morir” (p. 123).

El “mero efecto de la acumulación de fuerzas silvestres” (p. 102) produce un “terror gediendo” que se opone al “terror gorrudo”. Allí es donde se introduce (ahora sí leído en el modo habitual) el concepto deleuziano de “máquina de guerra” como opción para pensar las resistencias (p. 102). Sin embargo, aquí el paralelo con la máquina de gorra falla y confunde. Si en la máquina de guerra de Deleuze y Guattari es relativamente clara la remisión a modos de vida menores que afirman con potencia su derecho a existir y proliferar (la vida silvestre), brilla por su ausencia la referencia a un modo de gobernabilidad correlativo. Por el contrario, la máquina de gorra pone en evidencia que la coronación de las fuerzas gorrudas fue lo que les dio potencia y consistencia durante el macrismo. Del mismo modo, la mera acumulación de fuerzas silvestres sólo podrá perseverar en la existencia si

se acompaña de modos de gobernabilidad que potencien su silvestrismo. A eso apunta el concepto de *aguante todo* con el que cierra el libro: “sacrificio, disciplina y ascetismo; fiesta, agite y gediendo; militantes de rostro serio y militantes de pura carcajada; cuerpos de pie y cuerpos acostados; vidas endeudadas y vidas sonadas; pibas a todo ritmo y doñas de vieja moral; economía popular, laburantes pillos y vagos inquietos” (p. 116). *Aguante todo* es, también, ocupar el Estado y meter gediendo alegre en el Palacio. ¿Habrá llegado la hora de pensar un *silvestrismo coronado*?